

La reactivación de la doctrina Monroe: las agendas para la América Andina y el Caribe en la transición republicano-demócrata

CATALINA TORO PÉREZ

Profesora del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia. Doctora en Ciencia Política del Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences Po) ctorop@unal.edu.co, ctorop@yahoo.com

**Monroe Doctrine reactivation:
Latinamerican and Caribbean agendas in
the democrat-republican politic transition
process**

OTRAS INVESTIGACIONES

Resumen

¿Podemos pensar acaso en una agenda norteamericana alternativa hacia la América Andina y el Caribe en el contexto de la transición del gobierno republicano-demócrata en los Estados Unidos?

Partimos de considerar que el proyecto de hegemonía militar, económica y comercial estadounidense en América Latina no está siendo cuestionado. Si bien existen nuevas e importantes transformaciones en las agendas domésticas internas que se expresan en los reclamos de los sectores sociales en los Estados Unidos por el desarrollo de una nueva agenda económica y social, y la necesidad de una transformación profunda en las relaciones internacionales, la política exterior hacia Latinoamérica continua orientándose a partir de las agendas de seguridad hemisférica y libre comercio. En este artículo mostraremos cómo estos dos grandes componentes de la política exterior se conjugan a lo largo de los gobiernos republicanos y demócratas desde los años cincuenta hasta hoy. Señalaremos como las principales fuerzas políticas en el contexto de la confrontación electoral por la presidencia de los Estados Unidos (2008) contribuyeron a legitimar estas agendas, para la América Andina y el Caribe, fortaleciendo sus vínculos con Colombia y México, principalmente, como estrategia de contención de la avanzada de los denominados gobiernos progresistas.

Palabras claves: transición, republicanos, demócratas, agendas, seguridad hemisférica, libre comercio, América Andina, Caribe, Colombia

Abstract

In the context of a transition from a republican to a democratic form of government in the United States on 2009, can we think perhaps in an alternative agenda towards the Andes and the Caribbean?

We believe that the U.S. military, economic and commercial hegemony in Latin America is not being questioned. While there are important new changes in the internal domestic agendas that are expressed in the demands of social sectors in the United States for new economic and social agendas and the need for a profound transformation in international relations, foreign policies in Latin American oriented towards hemispheric security and free trade agendas are maintained. In this paper we will show how these two major foreign policy components are combined under the Republican and Democratic administrations since the 1950s to the 1990s. In the context of the confrontation for the presidential election of the United States (2008) the main political forces contributes to the legitimacy of these two agendas, in the Andes and the Caribbean, strengthening ties with Colombia, Mexico and Panama as a strategy of containment of the so-called progressive governments.

Keywords: Transition, Republicans, Democrats, Agendas, Hemispheric security, Free Trade, Andes, Caribbean, Colombia

Introducción

En la mayoría de los países de América Latina ya no sorprende el rol tradicional de los gobiernos colombianos como los “los mejores amigos” de los Estados Unidos desde hace más de cincuenta años. Recordemos sus expresiones de apoyo al bombardeo y posterior ocupación de Irak en 2003 de las tropas norteamericanas, su voto por la expulsión de Cuba de la OEA en 1962 y su justificación a la invasión británica en las argentinas islas Malvinas en contra de la mayoría de países de América Latina. Cuando en 1950 el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución de Estados Unidos contra Corea del Norte, el conservador Laureano Gómez ofreció un contingente de soldados colombianos para apoyar al ejército norteamericano. Cincuenta años después, la historia se repite. El gobierno Álvaro Uribe decide apoyar con un contingente de soldados colombianos la intervención de la OTAN en Afganistán y posiblemente Haití (*El Espectador*, 2008a). Y con apoyo logístico norteamericano decide invadir el espacio aéreo ecuatoriano bombardeando la región de Sucumbíos en 2008. En octubre de 2009, sin consulta al Congreso de la República y en contra de las movilizaciones sociales firma el cuestionado “Acuerdo complementario para la Cooperación y Asistencia Técnica en Defensa y Seguridad entre los gobiernos de Colombia y Estados Unidos”¹, en el cual se ofrece el suelo colombiano para la instalación de siete bases militares de los Estados Unidos para ayudar a contener el proyecto político revolucionario de otro de sus vecinos: Venezuela.

Especialmente después del 11 de septiembre de 2001, Colombia se convierte en el adalid de la política exterior norteamericana en la región. A partir de una alianza ideológica con el presidente Bush hijo, el presidente Uribe se sitúa como el principal impulsor tanto de la agenda de seguridad hemisférica como la agenda comercial, trazadas desde Washington a través de múltiples iniciativas como el Alca, el Plan Colombia, la Iniciativa Regional Andina, el Plan Puebla Panamá y los Tratados de Libre Comercio.

Su rol en la geopolítica regional ha permitido el afianzamiento de nuevas alianzas entre empresas comerciales y militares de los dos países, consintiendo la defensa de los intereses estadounidenses en materia de control territorial, acceso a recursos estratégicos, garantías a la inversión, el libre comercio y los estímulos financieros de sus empresas. Sin embargo,

1. El primer acuerdo de este tipo se firmó en 1952, cuatro años después del asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán, para aplacar las revueltas callejeras que se suscitaron durante la cumbre de cancilleres que dio lugar a la creación de la OEA, bajo la dirección de Estados Unidos, http://www.mindefensa.gov.co/descargas/Documentos_Home/Esp_Acuerdo_cooperacion_con_EEUU.pdf

a pesar de su sometimiento, el gobierno colombiano ha sido motivo de controversia en Estados Unidos por su responsabilidad en hechos concretos de represión, desplazamiento forzado de poblaciones, nexos con capos narcotraficantes y aumento del fenómeno paramilitar.

También se le reclama su indiferencia respecto a la protección de los derechos humanos de sindicalistas, trabajadores y estudiantes que intentan en vano defender su derecho a la justicia social (Vivanco, 2008). Argumentos por los cuales, durante la campaña a la presidencia de los Estados Unidos, el entonces candidato Barack Obama se manifestaba en contra de la ratificación del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Colombia, mientras que John McCain, soportado por los veteranos dirigentes del movimiento neoconservador (Wolfowitz, Rumsfeld, Cheney), respaldaban ampliamente la firma del TLC como un problema de seguridad regional para la América Andina.

Si bien el lema del “cambio” pareció acompañar la llegada a la presidencia del candidato demócrata Barack Obama, queda claro que se necesita más que voluntad para cambiar la estructura imperial de los Estados Unidos (Halimi, 2010:8), así como la el rol de los gobiernos colombianos en las relaciones internacionales interamericanas. Si bien, tanto la administración Bush como la de Uribe, compartieron un momento de gran desprestigio político en el terreno internacional como en la arena doméstica, el apoyo a Colombia por parte del gobierno de Barack Obama y la continuidad de sus políticas a través del nuevo gobierno de Juan Manuel Santos se convierte en la más importante carta de contención frente a la avanzada progresista en la América Andina y el Caribe, representada por los gobiernos de Chávez, Correa y Morales.

En una escalada que busca fortalecer su presencia en el Caribe, Estados Unidos apoya el golpe militar en Honduras y obtienen del gobierno panameño el permiso de ocupación y la entrega de cuatro bases militares, las cuales se suman a las ya existentes en Aruba y Curazao, con lo cual logran el control de un total de trece bases rodeando el proceso bolivariano. En Costa Rica, un país que renunció a tener un ejército desde 1948, se aprueba el ingreso de 46 flotas y más de 7 mil soldados estadounidenses y, una semana después del terremoto en Haití, el Pentágono moviliza un portaaviones, 33 aviones de socorro y numerosas naves de guerra, además de 11 mil soldados, para “continuar alargando el radio de su influencia hacia el sur” (Zibechi, 2010).

El golpe de Estado que se le hace al presidente Zelaya en Honduras sólo puede explicarse a la luz de una nueva contraofensiva para América Latina, que sigue adelantando la ideología neoconservadora norteamericana bajo la presidencia de un candidato demócrata, lo cual

tampoco es una novedad. Recordemos que fue Kennedy quien apoyo la malograda invasión de bahía Cochinos en Cuba en 1961, y más recientemente Clinton suscribió los planes Colombia, Bolivia y Ecuador, y las iniciativas hacia el ALCA. Razones por las cuales se duda de la capacidad de un presidente demócrata para reformar la estructura de poder imperial norteamericana.

Para Barack Obama, la relación con Colombia es “muy amplia, sumamente importante para ambos países y con dinámicas que van más allá del TLC” y tiene que ver con la preocupación de Estados Unidos por la forma “antidemocrática expresada por la manera en que gobierna el presidente Hugo Chávez en Venezuela, su retórica y política anti-estadounidense y sus intentos por influir en los procesos internos de otros países” (AFP, 2008). Ello explica su defensa por un gobierno como el de Uribe, que ostenta uno de los peores registros de respeto a los derechos humanos desde la caída de los dictadores de las décadas de los sesentas, setentas y ochentas². Y como ellos, responsable de fraudes electorales para mantenerse en el poder, como su colega Leónidas Trujillo, quien quiso armar como él, en los años cincuentas, con ayuda del gobierno norteamericano, las fuerzas armadas mejor equipadas de todo el Caribe para reprimir y tiranizar a su pueblo. Y luego, en su caída, ofrecer exilios dorados a sus más estrechos colaboradores en Europa.

Lo que es cada vez es más evidente en estos “cambios” de gobiernos estadounidenses es que no hay cambios en el referente de seguridad de la política exterior estadounidense, basada en la expansión del proyecto de dominación militar del espectro completo en la tierra, en el aire, en los mares y en el espacio (Castro, 2010). Que extiende bases militares para sus portaaviones en todo el mundo y que destina un presupuesto de 708.000 millones de dólares para 2011. Referente cuya continuidad se expresa en la aceptación de Barack Obama del Premio Nobel de la Paz con “la necesidad de recurrir a la fuerza ante la imperfección del hombre y los límites de la razón” (*New York Times*, 2009). Podríamos suponer entonces que la hegemonía conservadora estadounidense no está, como se anticipó equivocadamente, llegando a su fin con la crisis de Wall Street y la llegada de las mayorías demócratas al congreso y a la presidencia de los Estados Unidos. Si bien las posiciones electoreras contra la intervención en Irak, contra los principios de “otorgar más a quienes tienen más para

2. Archivo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, “U.S. intelligence listed colombian president Uribe among important colombian narco-traffickers in 1991”, documentos desclasificados en la George Washington University. <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB131/index.htm>.

que su prosperidad se reparta entre los pobres” (Halimi, 2010) y en pro de un dialogo más horizontal con sus colegas de América Latina (Valenzuela, 2010) logran movilizar a jóvenes, hispanos y afroamericanos y a una fracción de un 43% del electorado blanco, en el momento de nombrar su gabinete ministerial se expresan las grandes contradicciones.

Mientras se nombra una ministra del trabajo cercana a los sindicatos (Hilda Solis), que promete una ruptura con las políticas proempresariales, también se nombra a Hillary Clinton, cuyas orientaciones diplomáticas no significan necesariamente una ruptura con un pasado reciente, y a Robert Gates, el ministro de Defensa del presidente Bush. De la misma manera se incluye a Timothy Geithner como secretario del Tesoro, estrechamente ligado a Wall Street, y su consejero financiero, Lawrence Summers, responsable de las políticas de desregulación financiera. Henry Kissinger, quien fuera contratado por la Agencia para el Desarme y Control de Armas durante el gobierno de Kennedy, asistente especial para asuntos exteriores de Richard Nixon y luego consejero de Estado, va a ser nombrado como principal consejero de este departamento en el gobierno Obama³.

Si aceptamos un escenario de continuidad de la política exterior norteamericana hacia a América Latina, heredada de su antecesor, el presidente George W. Bush, podemos explicar la presión que ejerce en las agendas de política exterior con la mayoría de gobiernos progresistas de América Latina (Kirchner, Chávez, Correa, Da Silva, Funes, Mujica), con quienes intenta negociar la utilización del espacio aéreo, como en el caso de Brasil.

Para los gobiernos de Bush y Uribe, el manejo del terror como discurso político se constituyó en la principal arma de persuasión para sus ciudadanos, a través de la gran estrategia mediática de la seguridad que permitió, en algunos momentos, la unanimidad de sus gobernados, legitimada a través de cuestionables encuestas de opinión y manifestaciones de apoyo masivo y de agradecimiento orquestadas a través de las redes sociales y la prensa⁴. Tanto Bush, a partir de los

3. Henry Kissinger, fundador junto con David Rockefeller y el príncipe Bernardo de Holanda del grupo Bilderberg, defensor de la tesis sobre un Nuevo Orden Mundial (un pacto elaborado entre élites de negocios, élites políticas y medios de comunicación), ha sido acusado de alentar y apoyar a la Junta Militar Argentina, en 1976, para tomarse el poder y de estimular la desaparición de miles de opositores. Se afirma también su participación en el golpe de Estado a Allende en Chile (1973) y de ser el organizador de la denominada Operación Cóndor, un plan sistemático de eliminación de opositores dirigido a combatir el comunismo en Latinoamérica.

4. Es el caso de la marcha de febrero 4 de 2007 contra las Farc en Colombia, organizada desde las páginas de Facebook y documentada ampliamente por los medios.

eventos del 11 de septiembre, como Uribe en su cruzada contra el “narcoterrorismo” se abrogaron en su momento una cierta inspiración divina para su causa, defendiendo la autoridad de la fuerza y la moral para imponer su propio poder y así transformar las instituciones y las leyes a su antojo. Compartiendo un estilo acalorado y paranoico, ambos compartieron un modelo autoritario violento justificado por su lucha sin fin contra el terrorismo. Y en esa cruzada, el fin parecía justificar los medios: tanto en el caso del gobierno estadounidense como en el colombiano, los casos de corrupción de sus más cercanos asesores y los encubrimientos de violaciones de derechos humanos parecieron justificar sus acciones a nombre de la seguridad de los pueblos. En Colombia, los congresistas más cercanos al expresidente (más de 63), incluyendo sus familiares (expresidente del Senado), fueron encarcelados, acusados de apoyo a grupos paramilitares, narcotraficantes y acaparamiento de tierras de población vulnerable.

La crisis económica y social, y especialmente la crisis de legitimidad que sufrieron sus gobiernos, podrían haber posibilitado las condiciones para la configuración de un escenario de crisis para el bloque conservador dominante en estos dos países, cuyo núcleo fundamental está constituido por élites financieras, militares, industriales y terratenientes. Crisis que se pensó aprovecharía el candidato favorito para ganar las elecciones en Estados Unidos, Barack Obama, en el sentido de afrontar los problemas que aquejaban a las clases trabajadoras empobrecidas, las tazas crecientes de desempleo, la pérdida de miles de viviendas a manos de las instancias crediticias y los enormes déficits económicos y financieros del país. Si bien Obama no es Bush, su llegada al poder no significó la transformación de la política interior y exterior estadounidense. Con Obama, los problemas parecen tener remedio en nuevos y elocuentes juegos de palabras, en la cuales cada enunciado se complementa con una sugestión contraria como apoyo al sector trabajador y subsidios al sector bancario (Halimi, 2010:1). En septiembre de 2009 solicita al Congreso norteamericano 700 billones de dólares para salvar al sector bancario, mientras anuncia al mismo tiempo que no había hecho campaña para los grandes jefes de Wall Street. Sin embargo es este sector, a través de Goldman Sachs, Citigtoup, JPMorgan, UBS y Morgan Stanley, quien financia su campaña. Al final prevalece la vía pragmática entre “mis amigos progresistas que proclaman esto, o mis amigos republicanos que proclaman aquello; los primeros exigen mucho y los segundos no están del todo conformes, yo escojo la fórmula intermedia” (Halimi, 2010).

En un contexto de transición republicano-demócrata en Estados

Unidos, ¿podemos pensar acaso en una agenda norteamericana distinta hacia la América Andina?

Partimos de considerar como hipótesis que el proyecto de dominación estadounidense en América Latina no está siendo cuestionado. Por el contrario, se ha visto fortalecido. El balance del primer año de gobierno de Barack Obama nos demuestra que un presidente demócrata no puede reformar la estructura de poder de un país y sus nexos con la economía mundial. Si bien existen nuevas e importantes transformaciones en las agendas domésticas internas que se expresan en los reclamos de los sectores sociales en los Estados Unidos por el desarrollo de una nueva agenda económica y social, y la necesidad de una transformación profunda en la cultura política que rige las relaciones internacionales, el pensamiento conservador sigue y seguirá rigiendo la agenda norteamericana en sus relaciones hacia América Latina.

Para sustentar tal afirmación presentamos dos elementos de la agenda internacional que nos permiten analizar la persistencia estructural de paradigmas (principios y normas) que ha orientado la política exterior hacia América Latina por más de cincuenta años y al mismo tiempo diferenciar las estrategias y mecanismos para su puesta entre demócratas y republicanos. El primer elemento se relaciona con el problema de seguridad hemisférica, planteada desde hace más de cincuenta años por los gobiernos norteamericanos indistintamente y que se ha expresado en planes de intervención como el Plan Cóndor (1970) en el cono sur, las estrategias de “lucha contra el narcotráfico” (Plan Colombia en 1998, Plan Patriota en 2002 y Plan consolidación en 2006). El segundo aspecto corresponde a las orientaciones en materia de libre comercio y desarrollo económico que diferencian, sólo en la coyuntura electoral, las posiciones de unos y otros, pero que convergen en la defensa de los pactos de regionalización hemisférica como ALCA, NAFTA y los TLC.

Para mostrar la permanencia en el tiempo de estos elementos centrales a la agenda exterior norteamericana en la América Andina y los cambios y transformaciones históricas en los mecanismos de intervención, ordenamos este ensayo en tres partes: la primera, presenta los cambios y transiciones de la política norteamericana desde los años cincuentas hasta hoy, señalando particularmente la tradición conservadora de la política exterior norteamericana. En segundo lugar mostraremos cómo los dos grandes componentes de la política exterior, comercio y seguridad, se conjugan a lo largo de los gobiernos republicanos y demócratas de los años noventa. En tercer lugar señalaremos cómo en la transición republicano-demócrata actual que tiene lugar en el seno del gobierno estadounidense, las distintas fuerzas políticas en confrontación participan en la puesta en

marcha de estos dos componentes dirigidos particularmente a fortalecer sus vínculos con América Latina, especialmente con Colombia, como estrategia de contención de la avanzada de los denominados gobiernos progresistas.

La agenda republicana (neconservadora) de la seguridad

Cuando hablamos de la transición republicana-demócrata en Estados Unidos en el presente artículo, nos referimos a un cambio en las estrategias de implementación de la política exterior en relación con América Latina, lo que no significa necesariamente un cambio en la orientación fundamental del pensamiento político norteamericano como fundamento de su proyecto de dominación, existente desde su constitución como Estado-nación desde el siglo XIX.

“La glorificación de los derechos de los individuos de vivir de acuerdo a su propio interés” es y continuará siendo la filosofía que ampara la defensa del libre comercio y la defensa moral del capitalismo. Una de las obras con mayor influencia en el mundo de los negocios de Estados Unidos, publicada hace más de 50 años, *Atlas Shrugged* (1957), por Ayn Rand, seguida por uno de sus más fieles devotos, Alan Greenspan (2007), el anterior director de la Reserva Federal y quien va a orientar la agenda económica y financiera de los gobiernos de Clinton y Bush, expresa el eje de este pensamiento: “una celebración de vida y felicidad, la cual se basa en individuos creativos, objetivos claramente focalizados y cuya racionalidad [calidad del trabajo] asegura la alegría y el éxito” (*New York Times*, 2007a). Aun hoy, más de 400,000 mil copias son vendidas en programas de bachillerato para mantener viva a Rand. En ella apela a la imperiosa necesidad que tiene el mundo de líderes emprendedores de desarrollarse en libertad.

Y ello es coherente con el pensamiento central de Benjamín Franklin, “el hombre que invento América” y quien expresara los valores centrales de la sociedad norteamericana: el concepto de progreso y la superación individual. En esa carrera para la superación individual nada es inconveniente si se es honesto, pragmático, frugal, industrial y, sobre todo, si se evita los excesos de autoridad por parte del gobierno. Estos principios, basados en la filantropía de los negocios, la apertura de mentes y el utilitarismo, constituyen la base del tipo “ideal” norteamericano y de la creación de los partidos. Tocqueville fue el primero en intentar explicar el rol del individualismo en la naciente creación de partidos en 1832:

Un aspirante político en los Estados Unidos empieza por discriminar su propio interés y luego, haciendo un cálculo entre aquellos intereses que pueden ser sumados y amalgamados en este interés,

intentará adaptar una doctrina o un principio que pueda servir al propósito de esta nueva asociación que el adoptará a su partido y permitirá asegurar su popularidad personal. Finalizados estos preliminares, el nuevo partido podrá nacer en el mundo político. (Tocqueville 2004 [1835]:205).

Sin embargo, en las fronteras de este pensamiento “único”, Tocqueville, en los estudios de las primeras facciones en Norteamérica, alcanza a distinguir dos tendencias: la primera, aquella que propende a limitar la autoridad del pueblo (la republicana) y aquella que busca extenderla (la demócrata); la segunda, aquella que se impone a nombre de la seguridad de todos y que se busca a partir de la voluntad de los individuos. En ellas se reflejan a su vez tanto pasiones aristocráticas como democráticas, que van a impulsar el desarrollo de los partidos políticos más importantes en los Estados Unidos bajo la orientación de la constitución política más antigua que se encuentra en vigencia. Si bien el gobierno de la nueva república va a ser, con Thomas Jefferson en 1801, dominado por los republicanos, muchos de los principios de sus opositores van a ser tenidos en cuenta en el momento de la construcción de la Constitución federal. Lo cual no significa necesariamente que no sea reconocida la inmensa influencia de su partido, el reconocimiento individual de sus diversos talentos y la extensión de su popularidad. La defensa de principios tales como el derecho a la libertad para justificar su discurso frente a Cuba y la seguridad, utilizados por Bush para justificar la invasión a Irak, pueden servir tanto para defender el interés de la asociación gobernante como a su propia popularidad personal extendida a partir del apoyo de la mayoría plena del Congreso de Estados Unidos. De tal manera que es a través de los “talentos” y estrategias mediáticas de sus líderes, y no necesariamente en la coherencia de sus principios partidistas, que puede explicarse su posición de dominio en el aparato de gobierno.

Los Estados Unidos en América Latina

Los Estados Unidos han plagado a América Latina
de hambre y miseria en nombre de la libertad.

BOLÍVAR

Se ha sostenido que el proyecto de dominio estadounidense en América Latina se revela a partir de la doctrina Monroe, atribuida a su quinto presidente, el republicano Theodore Roosevelt, en 1823. Bajo el lema “América para los americanos”, Estados Unidos, en oposición al colonialismo europeo en América, empieza a “vender” su propio proyecto colonizador expansionista. Ya en el siglo XX, los gobiernos posteriores

afirmarán su “destino manifiesto”, justificando la obligación de intervenir en los asuntos internos de aquellos países “desquiciados” que pusieran en peligro los derechos o propiedades de ciudadanos o empresas estadounidenses (Petin, 1900).

Mucho se recuerda en la campaña actual del candidato demócrata Barack Obama el periodo del malogrado presidente Kennedy y, con él, las referencias a una diplomacia de poder suave, *soft power*, combinando ayuda económica y diplomacia. Las referencias a sus orientaciones éticas y a la idea de articular la sociedad en torno a los valores del sueño americano buscan despertar viejos referentes que inspiren a una sociedad desesperanzada, derrotada y apática por la larga noche republicana (Kennedy, 2008). Sin embargo, estos referentes de política doméstica no van a modificar las orientaciones de política exterior especialmente hacia América Latina. Vale la pena recordar los problemas que para América Latina planteó la concepción de la “Alianza para el progreso” de Kennedy, como lo expusiera el Che Guevara en la Conferencia de Punta del Este en 1961, en su crítica a las instrucciones del Departamento de Estado norteamericano para su implementación. En efecto, el rol de dicha alianza consistía en “llevar a cabo programas intensos de reforma” con el fin de “contrarrestar la presión de la extrema izquierda latinoamericana” (Guevara, 2006 [1961]:52), condicionando las ayudas y recompensas por un flujo de capital determinado “solo si Latinoamérica toma las medidas necesarias” (Guevara, 2006 [1961]:30). Esta estrategia de garrote y zanahoria, basada en la “letrinización” (ayudas para el mejoramiento sanitario) de los pueblos y no en su desarrollo industrial y agrario, buscaba contener a través de sus políticas de cooperación *soft power* la latente actitud antinorteamericana que prevalecía y prevalece en América Latina. De esta manera, advertía el Che Guevara, no sólo el fundamento de la ayuda internacional como una expresión de la política de seguridad, sino también “la posibilidad de los países de convertirse en apéndices del imperialismo, en la preparación de una nueva y terrible guerra” (Guevara, 2006 [1961]:17).

Durante el siglo XX, especialmente desde los años setentas, una vez asesinado el presidente demócrata John Kennedy y su hermano, las élites conservadoras comienzan a extender su dominio sobre el panorama político de los Estados Unidos, buscando imponer nuevas estrategias para el dominio del hemisferio sur. Es la época de los golpes de Estado a gobiernos socialistas en América Latina y la sucesiva imposición de gobiernos militaristas apoyados y entrenados por el Comando Sur. Pero es después de la postguerra fría, a partir de la llamada era de la “inseguridad económica”, que los asuntos económicos y de comercio, junto con los

de seguridad, van a imponerse en la agenda política a través nuevas estrategias y prácticas políticas.

Diversos momentos conservadores (1970-2006)

Se podría decir que después de las políticas internacionales post-Vietnam, el movimiento conservador norteamericano emerge con algunos líderes individuales, redes y organizaciones contestatarias a las propuestas más liberales que los antecedieron. Si bien, para algunos autores, Nixon significó el fin del liberalismo americano (Zelizer, 2007:111), otros proclaman que lo que se logra después de Nixon es justamente la reafirmación de la “gran sociedad liberal”. Es Nixon precisamente quien comienza las negociaciones con la China comunista y la Unión Soviética en materia armamentista y comercio, y preside la expansión de gobiernos descentralizadores. Pero ante la crisis de Watergate en 1974, una nueva fuerza denominada la “nueva derecha” decide darle al movimiento conservador hegemónico un nuevo direccionamiento, organización y dirección.

El nuevo movimiento emergente, los “neoconservadores”, con enormes diferencias a su interior entre sectores empresariales, defensores de la desregulación de sus impuestos y la derecha religiosa del sur y sud-oeste de los Estados Unidos, se unen en un mismo interés: la necesidad de fortalecerse militarmente contra el comunismo y otras amenazas contra la seguridad nacional. Con el apoyo de los denominados *think tanks* de American Enterprise Institute y Cato Institute, la Heritage Foundation formada por Joseph Coors, Paul Wyrich y Richard Scaife, a través del partido republicano, deciden adelantar una estrategia de reorganización y consolidación política a través de la utilización de propaganda, la organización de diversos grupos de opinión y acumulación de capital (Zelizer, 2007:112).

Se consolida el pensamiento neoconservador (1978-1993)

Los republicanos, excluidos del poder desde la Segunda Guerra Mundial hasta los años setentas en el Congreso, serán los portadores de una nueva misión ideológica. Entre los prominentes republicanos del sur, Richard Cheney –quien apoyaría a Ford, Reagan y luego a Bush hijo como su vicepresidente– será elegido senador en 1976, constituyéndose en el soporte conservador de los medios de comunicación. En efecto, uno de sus compañeros ideólogos, Gingrich, sostenía desde ese entonces, que “la televisión es el medio dominante de nuestra sociedad. Las personas que no puedan manejarla están muertas” (Zelizer, 2007:115).

En 1980, el presidente Ronald Reagan va simbolizar el dominio conservador en el poder ejecutivo y legislativo dispuesto a reorganizar

el Estado (lo que Roosevelt había impuesto a los demócratas entre 1933 y 1937), con la bandera de la reducción de impuestos para impulsar un mayor crecimiento del sector productivo y así afrontar el déficit existente en la economía del país. Un grupo llamado “americanos por una reforma tributaria” va a ser apoyado por el 90% de los republicanos en el Senado. Sin embargo, la necesidad de enfrentar el déficit fiscal creciente termina por hacer retroceder estas medidas, sin descuidar tres ejes centrales de la política norteamericana: transformación de la dirección de defensa, transformación del esquema tributario y disminución de la burocracia.

La nueva sociedad de oportunidades (1983-1989)

En 1983, los conservadores orientados por Dick Cheney, denominado “la grasa detrás de las cadenas”, formarán la Sociedad de Oportunidades Conservadoras para confrontar la idea de una América en decadencia, un mundo corrupto y malévol, que busca fortalecerse moral y militarmente. El grupo conservador logra orquestar toda una campaña en torno a un “Nuevo contrato con América consistente” (Steinfels, 1979) y va a diversificar sus métodos a través de la organización de redes de grupos de asesores en el Senado y la Casa Blanca, quienes le ocasionarán muchas dificultades al gobierno demócrata de Bill Clinton (1993-2001). Con una enorme presión, Clinton terminará aceptando los recortes de los impuestos de los sectores más poderosos e inicia la ofensiva de los tratados de libre comercio en América Latina, la propuesta del ALCA y los planes de intervención militar en América Latina: Plan Colombia, Plan Bolivia y Plan Ecuador. En agosto de 1999, la secretaria de Estado, Madeleine Albright, va plantear que “los problemas de Colombia se extienden más allá de sus fronteras y tiene implicaciones para la seguridad y la estabilidad regional”. El 13 de julio del año siguiente, Bill Clinton firma el Plan Colombia, redactado en inglés y poco conocido en Bogotá. La batalla partidista interna se profundiza hasta ocasionar el *impeachment* del presidente Clinton, y el fraude electoral catapulta a Bush como el nuevo presidente de Estados Unidos.

Rescentralización y crisis del proyecto neoconservador (2000-2004)

En el periodo 2000-2004 surge una nueva casta política, “un cruce entre conserjes de plaza y mafia” que emergen de nuevos comités de trabajo conservadores (Zelizer, 2007:129). Una nueva fuerza conservadora emerge dispuesta a bloquear el esfuerzo de los demócratas en el manejo de medios, persiguiendo abiertamente a sus críticos. Fiel a sus principios, en 2001, los neoconservadores van a presentar el proyecto más ambicioso de reducción de impuestos de la historia americana y fortalecimiento

militar, el cual afectará la capacidad fiscal del Estado, llegando a generar gastos de más de 8 billones de dólares al mes. A partir de allí, la relación entre Congreso, gobierno, fuerzas militares y contribuciones privadas van a mantener su hegemonía conservadora hasta 2006.

Las guerras preventivas, el proyecto conservador y el despertar demócrata

El rechazo hacia “la irresponsabilidad populista” en América Latina

Si bien el debate político entre 1984 y 2000 de candidatos conservadores y demócratas indicaba una confrontación entre prioridades domésticas y fortalecimiento militar (Smith, 2007:141)⁵, el fenómeno del 11 de septiembre logra legitimar una postura bipartidista a favor de la intervención militar en Irak a nombre de la seguridad mundial (Douglas, 2008)⁶.

Con la invasión a Irak, apoyada por el 99% del Congreso norteamericano⁷, se propone no sólo intervenir en la reorganización del mundo árabe y en su mentalidad “terrorista”, sino también asegurar el control de uno de los recursos estratégicos más importantes para los Estados Unidos, el petróleo a nombre de la democracia y la libertad (Chomsky, 2004).

Sin embargo, el enorme costo en recursos humanos y materiales, así como los errores tácticos y las denuncias por los excesos contra los reos políticos en Guantánamo, van a incidir en la imagen nefasta que va adquiriendo la injustificada política exterior armamentista del presidente Bush (*New York Times*, 2007b). Al recorte tributario de los sectores base de apoyo de los grupos neoconservadores, se suma el reclamo de la población frente al recorte en la seguridad social de trabajadores, el empobrecimiento de las clases medias y, finalmente, la depreciación del valor de la vivienda, la crisis alimentaria y la crisis energética. Al finalizar el año 2006, los republicanos pierden el control del Congreso y con una nueva

5. Tabla 6.1, Issue priorities in Presidential Advertisements, 1984-2004.

6. Un estudio reciente realizado por el Center for Public Integrity, muestra cómo, a partir de los organismos de inteligencia del gobierno, se desarrolla una intensa campaña mediática, poco crítica y deferente respecto de la posición gubernamental, orquestada para convencer a los estadounidenses de la necesidad de intervenir en Irak ante el peligro que representaba para ellos Saddam Hussein y su supuesto aliado, Osama Ben Laden. El estudio identifica más de 935 falsas aseveraciones hechas por Bush y sus colaboradores (Dick Cheney, Condoleezza Rice, Donald H. Rumsfeld, Colin Powell y Paul Wolfowitz) entre 2002 y 2003. Entre ellas se identifica la falsa aseveración, defendida más de 532 veces por Bush y Powell, respecto de la posesión del gobierno iraquí de armas de destrucción masiva y de sus conexiones con Al-Qaida (Douglas, 2008).

7. Solo un demócrata vota en contra, Paul Wellstone, muerto en un accidente aéreo varios meses después.

fuerza demócrata renovada emerge la posibilidad de un nuevo presidente.

Sin embargo, la campaña presidencial no refleja un cambio de agenda, es evidente que los nuevos candidatos presidenciales no están dispuestos a una retirada de Irak. Y Obama empieza pronto a reclamar un fortalecimiento militar en Afganistán para “terminar con Al Qaeda”. Sobre todo en la segunda fase de su campaña, donde se llega a un consenso sobre la política de defensa exterior. Considerando que la defensa de Israel constituye un objetivo estratégico de Estados Unidos, ambos emplazarán a Irán y el Hezbollah libanés como una amenaza importante para la estabilidad internacional, con algunas diferencias en sus mecanismos. Obama defenderá, en la campaña, una vía diplomática para acercarse a Mahmoud Ahmadinejad: “Como presidente, buscaré una sólida e inteligente estrategia de seguridad nacional, que reconozca los intereses que tenemos en Bagdad, Kandahar, Karachi, Tokio, Londres, Beijing, Berlín” (Border, 2008).

La diferencia entre los aspirantes presidenciales, entonces, reside en la forma de llevar a cabo sus políticas y no en sus contenidos. Mientras McCain y su consejero Kissinger defendían el enfrentamiento directo (hoy Ataque Global Inmediato), Obama, a través de su consejero Brzezinski, proponían un dominio estadounidense a través de representantes en la región y operaciones de inteligencia (Cruz, 2008:6).

Para Hilary Clinton, su secretaria de Estado, un enfoque inteligente, consiste en la utilización de todos los medios

[...] de los que disponemos, incluido nuestra supremacía militar y económica, nuestra capacidad de innovar y emprender así como las capacidades de nuestro presidente y su equipo [...]. Debemos aprender a dirigir un mundo horizontal [...] y a utilizar medios de persuasión, así signifique atender la población de ciertos Estados a través de los medios informales de comunicación. (Klare, 2010:8-9)

Con el resurgir de los demócratas emerge entonces la imagen de nuevas estrategias en materia de relaciones internacionales, privilegiando formas de disuasión y persuasión hacia América Latina. Barack Obama culpa a Bush por su ineficiencia política en términos del

[...] auge de demagogos como Chávez en países como Bolivia y Nicaragua [...]. Mientras Bush se embarcaba en una guerra errada en Irak nuestra política hacia las Américas fue negligente frente a nuestros amigos e ineficiente contra nuestros adversarios. (*El Tiempo*, 2008b)

Y decide apoyar abiertamente la invasión en el Ecuador en abril de

2008, para afrontar “la irresponsabilidad populista”: “apoyamos el derecho de Colombia de atacar a grupos terroristas, aun así estos se refugian en países vecinos como Ecuador o Venezuela”.

La agenda antidrogas y la intervención demócrata en Colombia

Al mismo tiempo que ocurre la intervención de Irak, la intervención en la Región Andina latinoamericana va a constituirse en un foco fundamental para la estrategia expansionista por el control de los recursos estratégicos como el petróleo, los recursos mineros, el gas y la biodiversidad. Y es justamente en Colombia donde se desarrolla uno de los laboratorios “antiterroristas” más poderosos después de Irak y Afganistán. Antes de Bush, en Colombia se hablaba de un conflicto armado y de fuerzas subversivas y beligerantes. Después de Bush hijo, el discurso antiterrorista empieza a ser coreado en los medios de opinión, se empieza a expandir la idea de la regionalización del conflicto en las élites conservadoras de estos países y se asocia el conflicto colombiano al “proyecto expansionista” del presidente Chávez.

En ese contexto, la política antidroga contribuye efectivamente al control de una clase que sirve a los intereses económicos y de seguridad de Estados Unidos en el extranjero. Colombia entrara a formar parte de lo que el gobierno Bush llama la “guerra mundial contra el terror”⁸, una estrategia para justificar la lucha contra grupos insurgentes que atentan contra el crecimiento económico de sus empresas en cualquier lugar del mundo. Como resultado de su apoyo, Colombia será el mayor receptor de la ayuda militar estadounidense en el mundo después de Irak, Israel, Afganistán y Egipto.

La política de “seguridad democrática” del presidente Uribe va constituirse en el referente de la prolongación ideológica de la hegemonía del pensamiento neoconservador norteamericano, defendida por parte del sector capitalista financiero. La influencia de este sector, relacionado con el complejo militar e industrial estadounidense, será apoyada y defendida por neoconservadores como Nicholas Burns, el número tres en el departamento de Estado en el gobierno Bush: “El presidente Uribe está transformando a Colombia porque está persiguiendo enérgicamente su visión de una Colombia democrática, libre de violencia, drogas y corrupción” (Burns, 2008), tres objetivos por los que paradójicamente el mismo gobierno será cuestionado por las mayorías demócratas.

Desde el año 2000 hasta 2006, Estados Unidos le entregara a

8. Charles Berquist citado por Chomsky (2004).

Colombia más de 4.700 millones de dólares por medio del denominado “Plan Colombia contra las drogas y el terrorismo” (*El Espectador*, 2008b). De ese monto, el 81,5% se orientara hacia el fortalecimiento de las fuerzas armadas y la policía. El restante 18,5%, a “atender” o “desatender” a los desplazados por la violencia paramilitar y a desarrollar programas de defensa de derechos humanos y reforma judicial (Isackson, 2007).

A pesar de la “ayuda militar” en siete años, no se registrarán reducciones de los cultivos de coca. Por el contrario, los resultados publicados por el Sistema de Monitoreo de los Cultivos ilícitos (SIMCI) de Naciones Unidas en 2008 mostraran una expansión dramática de estos cultivos, por lo que el sistema, después de ocho años en el país, va ser suspendido arbitrariamente por Uribe, como lo hizo con el director del Departamento Administrativo de Estadística cuando mostró el aumento de los índices de pobreza en Colombia (*El Espectador*, 2008c)

Sin embargo, el Congreso de Estados Unidos empezará a cuestionar desde 2007 las estrategias equivocadas de Bush en Colombia como en Irak, las cuales no arrojan más que miseria, aumento de la violencia armada y más antiamericanismo. ¿A qué se debe este cambio de actitud en el Congreso norteamericano? Según Adam Isackson, en 2000, cuando se propuso el Plan Colombia, el presupuesto de Estados Unidos estaba en superávit. En 2007, el gobierno Bush deja al país sumido en un gran déficit.

La estrategia “antidrogas” toma entonces otra dirección. Una agenda de seguridad combinada con una energética para Estados Unidos parece vislumbrarse frente a la creciente preocupación sobre el rol de Venezuela como potencia petrolera en la región.

El tráfico de drogas y la seguridad energética de los Estados Unidos están en juego en esta nueva fase de la diplomacia andina. Siendo los principales consumidores de cocaína colombiana y petróleo venezolano, el bajo prestigio de Washington ha dejado a Uribe preso entre gobiernos pro-Chávez como Ecuador y Bolivia y con poco margen de acción salvo para fortalecer sus relaciones con Chávez. (Kraul, 2008)

Los Tratados de Libre Comercio, ¿un “ideal” norteamericano?

El ALCA en América Latina

Tanto los partidos republicanos como demócratas han respaldado durante la década de los noventa una política exterior comercial con América Latina. Recordemos que la propuesta estadounidense de formar una “zona hemisférica de libre comercio” se inicia con el lanzamiento de

la “Iniciativa de las Américas”, en 1990, durante la presidencia de George Bush padre. Con el gobierno de Bill Clinton se inicia la ola de acuerdos de libre comercio en 1994, con el tratado con México y Canadá (NAFTA), y su sucesor, George W Bush, firmará los TLC con Centroamérica y Chile (CAFTA) en 2005 y Perú en 2006.

Cabe señalar que los objetivos del ALCA, “La necesidad de proveer un acceso a las exportaciones de Estados Unidos y garantizar la inversión y rentabilidad de sus empresas, al mismo tiempo que la defensa de las instituciones democráticas y la lucha contra el narcotráfico”, serán claramente defendidos por estos gobiernos.

Los TLC en la coyuntura de la campaña presidencial norteamericana

Las declaraciones contra el libre comercio, base del enfrentamiento de los candidatos demócratas a la presidencia durante las primarias, no impidieron que los principios de carácter ideológico siguieran teniendo un peso importante en la definición norteamericana en su relación con los países de América Latina.

Para Madeleine Albright, antigua secretaria de Estado del gobierno Clinton y luego asesora de su esposa Hilary, reconquistar la autoridad de Estados Unidos en América Latina significaba “ejercer el poder sabiamente no sólo a través de la autoridad que emana la más grande y rica nación de todo el continente americano, sino sobre todo a través de la aceptación continental de los ideales norteamericanos” (*New York Times*, 2008b). Y tanto el libre comercio como la seguridad constituyen algunos de los ideales centrales de la sociedad norteamericana.

Si bien durante la campaña, Barack Obama recordará, no solamente a Hillary Clinton, el apoyo a su esposo en la campaña por la firma del NAFTA, sino también el de sus asesores, intermediarios del gobierno Uribe, para la ratificación del TLC con Colombia (*El Tiempo*, 2008c y 2008d; *Washington Post*, 2008), los TLC se van a convertir durante la primera fase de la campaña presidencial en uno de los ejes de batalla, debido a las fuertes críticas sobre los impactos del NAFTA en el desempleo en Iowa, Ohio, Wisconsin y Texas. “Mientras usted apoyaba el NAFTA, más de 50.000 empleos desaparecieron en Ohio como consecuencia” le planteaba el entonces candidato Obama a Hillary Clinton (*New York Times*, 2008a).

En ese contexto, ambos candidatos van a señalar la necesidad de congelar y rechazar nuevos acuerdos, como el de Colombia, y revisar los ya firmados para corregir los efectos que tuvieron en la agudización del actual déficit comercial de Estados Unidos, que se cifra en 57.000 millones de dólares (*El Tiempo*, 2008e). Mientras tanto, se tranquiliza a

los sectores empresariales en reuniones privadas en lujosos hoteles para legitimar retórica electoral.

Diarios como *New York Times* y *Washington Post* denunciarán esta campaña anticomercial como “populista”, con el fin de atraer sindicatos a su electorado en un momento decisivo en la batalla electoral.

Pero también el candidato favorito por los demócratas va sufrir fuertes cuestionamientos. Uno de los reclamos que se le hace en su momento a Barack Obama tiene que ver con su respaldo como senador al acuerdo que ratifica el TLC con Perú en 2007 y su posterior rechazo al TLC con Colombia. Por lo que decide aclarar sus posturas respecto del libre comercio. Por una parte se opone de manera radical al CAFTA (el acuerdo con Centroamérica), pide revisar los tratados ya firmados en materia de derechos humanos y derechos laborales como el NAFTA –así como los acuerdos con China–, denuncia los subsidios gubernamentales a los grandes cultivadores en detrimento de los pequeños e insiste en la necesidad de un comercio justo que reinvierta en aquellas comunidades que han sido castigadas por la globalización. Un año después de ser elegido, decide reconsiderar la decisión de congelar el TLC con Colombia.

La ofensiva republicana, TLC y Plan Colombia

Para los republicanos, un rechazo por parte de la mayoría demócrata al TLC con Colombia significaría:

[...] darle la espalda a Colombia, lo que sería muy grave para los intereses estratégicos de los Estados Unidos en la región.

[...] Cómo le vamos a decir que no a Colombia. Un país que hace siete años estaba a punto de convertirse en un Estado fracasado, que se convertía en santuario para narcoterroristas [...] pero que con apoyo bipartidista nuestro, ha retornado la esperanza de sus ciudadanos. (*El País*, 2008)

Y Uribe no logra explicar tantos obstáculos para la firma de un TLC que comprometerá de forma dramática la soberanía nacional:

No me cabe en la mente la hipótesis de que este tratado [el TLC] será rechazado [...]. En términos políticos, nadie puede entenderlo. Colombia tiene una larga tradición de amistad y lealtad con los Estados Unidos. Colombia comparte los valores democráticos de los Estados Unidos. Colombia ha tenido dificultades con otros países debido a que los otros países no entendieron las razones de nuestra lealtad hacia los Estados Unidos. Por consiguiente, hago esta pregunta: dadas estas circunstancias, ¿cómo puede alguien entender que los Estados Unidos no aprueben este tratado? (*Newsweek*, 2008)

Tanto para el gobierno Bush como para el gobierno Uribe, el TLC constituye una parte fundamental de esa agenda de seguridad nacional para la región. Desde esta perspectiva, el rechazo del Congreso a su ratificación en junio de 2007, aduciendo incumplimientos en materia de protección de derechos humanos, significa poner en juego el futuro de las relaciones norteamericanas con la región andina. Por ello se deciden, en febrero de 2009 y se ratifica en mayo de 2010, colocar el TLC con Colombia en la agenda bilateral.

Si bien un acuerdo de libre comercio podría garantizar una estabilidad para las exportaciones del sector automotriz, farmacéutico y agroalimentario de los Estados Unidos, así como una oportunidad para el libre acceso a los recursos estratégicos colombianos, existe un elemento adicional. Colombia es considerado un vecino y aliado de excepción. Aliado en cuanto a sus esfuerzos para la lucha contrainsurgente en la región a través de las políticas de lucha contra el narcotráfico, implementadas conjuntamente con el gobierno Clinton desde 1999. El rol de Colombia se vuelve especialmente relevante para “contener al presidente Chávez” y a sus vecinos, en su mayoría hoy nuevos gobiernos progresistas, para que según ellos “la libertad económica y la democracia puedan de nuevo reinar en América Latina algún día” (Duberstein y McLarty, 2007). Un futuro que había sido ya anticipado por los gobiernos de Estados Unidos y recordado por su representante comercial Robert Zoellick, en 2003, ante el Congreso. La idea de celebrar un TLC con los países andinos (Colombia, Perú, Bolivia, Venezuela y Ecuador) significaba “un complemento natural al Plan Colombia en la región, apoyado por el Congreso significativamente durante años” (USTR, 2003). El proyecto expansionista e imperialista de Estados Unidos debe entonces fortalecerse con Obama.

Barack Obama, en principio, en franca oposición al TLC con Colombia debido a los fuertes señalamientos en materia de derechos humanos al gobierno Uribe, decide comenzar una segunda fase, posicionándose abiertamente en favor de la lucha contra las FARC. Justificando tardíamente la abusiva intervención colombiana en territorio ecuatoriano, terminará felicitando al gobierno colombiano por la liberación de 15 prisioneros, entre ellos Ingrid Betancourt, en manos del grupo insurgente con apoyo de inteligencia militar estadounidense e israelí. Más tarde declarará que “Siempre he sido un partidario del libre comercio” (Goodman, 2008).

Cuando sea presidente, seguiremos con el Programa Antidrogas [como se le conoce al Plan Colombia]. Apoyaremos totalmente la lucha contra las FARC. Trabajaremos con el gobierno para acabar con el régimen del terror de los paramilitares. Respondremos el derecho de Colombia de atacar a los terroristas que buscan santuario en otros

países y haremos que se aclare cualquier apoyo que otros vecinos estén dando a las FARC. Este comportamiento debe ser expuesto a la condena internacional, aislamiento regional y, si se necesita, fuertes sanciones. No se puede tolerar. (*El Tiempo*, 2008b)

Ello explica la posición del gobierno norteamericano de apoyo a la arbitraria acusación que le hace Colombia al gobierno venezolano de albergar campamentos de las FARC, en el show mediático montado en la OEA en julio de 2010.

Obama, en sus más recientes discursos sobre Latinoamérica, demostró que dejada atrás la fase de las elecciones primarias, donde pesaban mucho más los temas internos y las organizaciones sindicales del país, es preciso ahora concentrarse en políticas de Estado, olvidando la negligencia del presidente Bush en la región y la distorsión de las relaciones internacionales de los Estados Unidos en el mundo a partir de la guerra en Irak.

Conclusión

¿“Nuevas” agendas para la América Andina y el Caribe en la transición republicana-demócrata?

Es indudable que el presidente Obama plantea nuevas agendas para América Latina, en términos de sus estrategias combinadas de diplomacia y confrontación creciente hacia los regímenes más hostiles hacia el proyecto de dominación estadounidense, como Cuba y Venezuela. Por una parte, Estados Unidos plantea abordar el problema de las migraciones de Cuba y le ofrece venta de energía a Venezuela. Planteando una nueva “diplomacia por la libertad”, que combine presión e inteligencia, busca relajar las relaciones de restricción que tienen los norteamericanos-cubanos para visitar y enviar remesas a sus familias en la isla, para fortalecer a sus familiares en Cuba y así tornarlos menos dependientes al régimen de Castro (Wills, 2008). También ha afirmado, ante el horror de los republicanos, visitar a Raúl Castro sin condiciones previas. Sin embargo, a pesar de sus enormes diferencias con su adversario McCain, hoy su estrecho colaborador, ambos comparten la idea de mantener el embargo comercial para forzar “un cambio democrático en la nación comunista” (Wills, 2008); es decir, un cambio de su régimen político. Para Estados Unidos es claro el papel del gobierno Castro en términos de la defensa indeclinable de su soberanía e independencia, lo cual lo convierte en un ejemplo indeseable para los gobiernos de la región, por lo que intenta desde hace más de cincuenta años desprestigiarlo. Si bien Obama acusa a Bush de haber permitido generar un gran vacío en la América Latina, ocupado por el antiamericanismo del presidente Chávez, ni siquiera se cuestiona las causas históricas

de ese antiamericanismo mundial y de sus conflictos derivados de una relación desigual y dependiente de más de un siglo.

Consideramos que no hay distancias ni desacuerdos notables entre los proyectos políticos demócratas y republicanos en lo que refiere a América Latina (Tokatlian, 2008). Tanto Obama como McCain estaban dispuestos a continuar las políticas de guerra y a expandir su intervención territorial a nombre de la lucha contra el terrorismo, a financiar los ejércitos privados de los países insumisos, a consolidar los acuerdos de libre comercio (para proteger los derechos de las empresas de los Estados Unidos) y a abrir nuevos frentes de extracción e intervención en los países de la América Andina para defender su seguridad energética (Wills, 2008). Más allá de los estilos personales, la política exterior norteamericana se mantiene por condiciones y fenómenos estructurales.

La agenda exterior norteamericana ha estado orientada desde más de un siglo hacia la seguridad frente al enemigo “exterior”, por lo que la confrontación con grupos asociados hoy con el “terrorismo” como las FARC y Al Qaeda, en el mundo va a permanecer como una buena justificación para intervenir. De manera tal que a la política suave, *soft politics*, por la vía diplomática y la ayuda económica se suman rápidos y eficientes operativos, como el que se llevo a cabo en Honduras y el que se adelanta en Afganistán y probablemente en Pakistán e Irán. La tradición americana de utilizar terceros países para lanzar ataques militares contra los gobiernos “molestos” no es nueva. En 1954, la operación para revertir el gobierno de Guatemala fue lanzada desde bases clandestinas en Nicaragua y Honduras. La tentativa de invasión a Cuba en 1961 fue realizada desde Honduras y Guatemala. Honduras, cuyo golpe militar reciente también fue apoyado por el gobierno Obama, sirvió de base para la guerra impuesta por Washington al gobierno sandinista. El acuerdo para las siete bases militares en Colombia servirá como puestos de operación avanzadas (Forward Operation Locations) y puestos cooperativos de seguridad (Cooperative Security Locations). Las bases en Salvador (Comalapa), Honduras (Soto Cano), Cuba (Guantánamo), Aruba (Reina Beatriz), Curazao (Hato rey), Perú (Iquitos y Nanay), Costa Rica (Liberia) y Puerto Rico (Roosevelt Roads) serán claves para intimidar a los gobiernos antiamericanos.

El desarrollo de Palanquero en Colombia provee una oportunidad única al espectro completo de operaciones en una sub-región crítica de nuestro hemisferio, donde la seguridad y la estabilidad están bajo constante amenaza de insurrección narcoterrorista, de gobiernos antiamericanos y de una pobreza endémica y de desastres militares. (Lemoine, 2009)

Ante la profundización de su crisis económica y sobre todo de su crisis de hegemonía en el continente suramericano, los Estados Unidos buscan sostener su preeminencia a nivel hemisférico a partir de la puesta en marcha de nuevas formas de intervención menos arrogantes y agresivas que las de George Bush. A través de una nueva “diplomacia enérgica” con la comunidad latinoamericana, insisten en acercarse a los líderes más polémicos como Castro, Chávez y Correa, precedidos de “preparativos” más diplomáticos, buscando persuadirlos a ceder ante su supremacía militar, pero defendiendo a toda costa sus intereses permanentes, lo que no significa necesariamente defender relaciones permanentes con amigos o enemigos (Tokatlian, 2008; EFE, 2008).

Por lo cual concluimos que la continuidad de la política exterior de Estados Unidos hacia la América Andina la impone un conjunto de factores externos e internos que limitan la capacidad de quien asume la presidencia. De manera tal que su implementación dependerá de la relación de fuerzas e intereses de los grupos dominantes y de las estrategias de resistencia de los pueblos, que pueden lograr, como en el caso del ALCA, frenar las pretensiones imperialistas, integrándose entorno a objetivos comunes a través de una estrategia económica, política y energética propia. Superar el aislamiento de países como Colombia y Perú, de la región andina, y su alineamiento incondicional a los Estados Unidos, depende también de sus dinámicas internas. Y sus formas de integración regional pueden, como lo hicieron en algunos momentos de lucidez en el pasado, replantearse y lograr una nueva manera de interactuar con sus vecinos y en particular con su vecino del norte en términos de respeto a su soberanía y dignidad.

Bibliografía

- AFP. “Obama propone romper con la política latinoamericana del presidente Bush”, entrevista a Daniel Restrepo, asesor de la campaña del candidato demócrata, agosto 25 de 2008.
- Associated Press. “Delahunt backs Chavez’s efforts to gain hostage release”, enero 18 de 2008, en <http://news.bostonherald.com/news/international/americas/view.bg?articleid=1067495&srvc=home&position=recent>.
- Border, John M. “Obama and McCain duel over Irak”, en *New York Times*, julio 16 de 2008.
- Castro Ruz, Fidel. “El origen de las guerras”, en *Reflexiones*, julio 11 de 2010.
- Guevara, Ernesto Che. “Punta del Este”, Ocean Sur, 2006 [1961].
- Chomsky, Noam. “El último pretexto de Estados Unidos para la intervención es la droga”, en *El Espectador*, Bogotá, agosto 22-28 de 2004.

- Cruz, Sandro. “Presidencial USA 2008: Un show antidemocrático”, mayo 26 de 2008, <http://www.voltairenet.org/article157134.html>.
- Douglass, K. Daniel. “Study: False statements preceded war”, en Associated Press, junio 23 de 2008,
- Duberstein, Kenneth y Thomas F. Mclarty. “Our Free-Trade Consensus”, en *Wall Street Journal*, abril 4 de 2008, p. A13.
- EFE. “Obama inicia apertura”, mayo 23 de 2008.
- El Espectador*. “Las otras guerras de Colombia”, Bogotá, agosto 9 de 2008a.
- “EE.UU. preocupado por compras de armas en Venezuela”, Bogotá, enero 12 de 2008b.
- “La ONU ya no cuenta cultivos”, Bogotá, junio 20 de 2008c.
- El País*. “Pulso político en EE.UU. por el TLC al rojo”, Cali, julio 16 de 2008.
- El Tiempo*. “Para promover el TLC, Condoleezza Rice visita Colombia entre el jueves y el viernes”, Bogotá, enero 22 de 2008a.
- “Barack Obama pedirá cuentas a Hugo Chávez por nexos con las FARC si es elegido presidente de EE.UU.”, Bogotá, mayo 23 de 2008b.
- “Esposos Clinton, divididos por Tratado de Libre Comercio con Colombia”, Bogotá, abril 9 de 2008c.
- “Colombia rompe con firma que le hacía ‘lobby’ en EE.UU. por TLC”, Bogotá, abril 5 de 2008d.
- “Oposición a Tratados de Libre Comercio se ha convertido en eje de la batalla de la campaña demócrata”, Bogotá, febrero 25 de 2008e.
- “Funcionaria de embajada en EE.UU. arremete contra *Times*”, Bogotá, octubre 10 de 2008f.
- “Colombia rompe con firma que le hacía ‘lobby’ en EE.UU. por TLC”, Bogotá, abril 5 de 2008g.
- Goodman Amy. “Obama no es el hombre es el movimiento” (traducido por Ángel Domínguez), julio 2 de 2008, www.democracynow.org.
- Greenspan, Alan. “La era de la turbulencia”, sd, 2007.
- Halimi, Serge. “Un president peut-il réformer les Etats Unis?”, en *Le Monde Diplomatique*, enero de 2010, pp. 1, 8-9.
- Isackson, Adam. “A look at the ‘final’ 2008 aid bill”, diciembre 17 de 2007, <http://www.cipcol.org/?p=514>.
- Kennedy, Caroline. “A President like my father”, en *New York Times*, enero 27 de 2008.
- Klare, Michel. “En politique extérieure, Washington veut faire plus avec moins”, en *Le Monde Diplomatique*, enero de 2010, pp. 8-9.
- Kraul, Chris. “U.S. drug czar points finger at Chavez”, en *Los Angeles Times*, enero 21 de 2008, <http://www.latimes.com/news/nationworld/world/la-fg-chavez21jan21,1,6794165.story?ctrack=2&cset=true>.
- Lemoine, Maurice. “Basis Belli”, en *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2010, p. 17.
- New York Times*. “The Literature of capitalism”, septiembre 15 de 2007a.

- “How the Good War in Afghanistan Went Bad”, agosto 12 de 2007b.
- “Obama Campaign Says Clinton Misrepresented Her Support for Nafta”, marzo 21 de 2008a.
- “Madeleine Albright’s Agenda”, enero 23 de 2008b.
- “Obama’s Nobel remarks”, diciembre 10 de 2009.
- Newsweek*. “Look at the Alternatives. Colombia’s president speaks out on the House’s rejection of the U.S.-Colombia free-trade agreement”, abril 28 de 2008.
- On the Issues*. “Barack Obama on Free Trade”, febrero de 2008, http://www.ontheissues.org/2008/Barack_Obama_Free_Trade.htm.
- Petin, Hector. *Les Etats-Unis et la doctrine de Monroe*, París, Barclay, 1900.
- Reuters. “Congress urged to act on Colombia pact”, enero 17 de 2008, <http://www.reuters.com/article/politicsNews/idUSN1724117920080117>.
- Sánchez y Estay. *El Alca y sus peligros para América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.
- Smith, Mark A. “Tabla 6.1, Issue priorities in Presidential Advertisements, 1984-2004”, en “Insecurity, Reputations and Ascendance” en Skocpol Pierson, *The Transformation of American Politics*, Princeton University Press, 2007.
- Steinfels, Peter. “The Neoconservatives: The Men Who Are Changing America’s Politics”, sd, 1979.
- Suarez Salazar, Luis y Tania García Lorenzo. *Las relaciones interamericanas, continuidades y cambios*, CLACSO, 2008.
- Swanson, Ian. “White House expected to offer Colombia FTA”, enero 9 de 2008, <http://thehill.com/business--lobby/white-house-expected-to-offer-colombia-fta-2008-01-09.html>.
- Tocqueville, Alexis. “Parties in the United States” en *Democracy in America*, Nueva York, Bantam Dell, 2004[1835].
- Tokatlian, Juan Gabriel. “Después de las primarias”, en *La Nación*, Buenos Aires, febrero 13 de 2008.
- USTR (Oficina del Representante Comercial de los Estados Unidos. “USTR Notifies Congress of Intent to Initiate Free Trade Talks with Andean Countries”, noviembre 18 de 2003, http://www.ustr.gov/Document_Library/Letters_to_Congress/2003/USTR_Notifies_Congress_of_Intent_to_Initiate_Free_Trade_Talks_with_Andean_Countries.html.
- Valenzuela, Arturo, Discurso pronunciado en la Universidad de los Andes. Bogotá, 7 de abril de 2010.
- Vivanco, José Miguel. “Colombia tiene las cifras más altas de sindicalistas asesinados”, en *Human Rights Watch*, julio 8 de 2008, <http://www.publico.es/internacional/118926/colombia/cifras/altas/sindicalistas/asesinados> y <http://hrw.org/spanish/docs/2008/01/23/colomb17851.htm>.
- Washington Post*. “Bill Clinton Supports Colombia Trade Deal”, Washington, abril 9 de 2008.
- Wills, Christopher. “Obama says his Cuba policy is based on ‘Libertad’”, en *Associated Press*, mayo 23 de 2008.

Zelizer, Julian E. "Seizing Power: Conservatives and Congress since the 1970" en Paul Pierson y Theda Skocpol (eds), *The transformation of American Politics*, Princeton University Press, 2007.

Zibechi, Raul. "Un portaaviones llamado Haití. La IV Flota en acción", enero de 2010, <http://alainet.org/rss.phtml>.

FECHA DE RECEPCIÓN: 13 DE MARZO DE 2010
FECHA DE APROBACIÓN: 2 DE AGOSTO DE 2010